

LA DENTICION DE LOS NIÑOS

SE FACILITA GRANDEMENTE ADMINISTRÁNDOLES LA

DENTICINA-MORENO

LA DENTICINA-MORENO, es un excelente remedio para combatir todas las afecciones del estómago y vientre en los niños. **LA DENTICINA-MORENO** es un heroico remedio para combatir todos los accidentes peligrosos de la dentición. Es tan agradable al paladar como la leche, razón por la que, los niños la toman con verdadero placer. **LA DENTICINA-MORENO** cura los vómitos y diarreas; facilita el brote y desarrollo de los dientes; evita el picor de las encías, haciendo reaparecer la BABA; suprime la FIEBRE (calentura); combate los ataques de ALFERECIA y en general todos los accidentes que lleva consigo el periodo de la DENTICION. **LA DENTICINA-MORENO** NUTRE Y FORTIFICA a los niños, permitiendo el uso de la misma una alimentación reparadora, que sin este eficaz medicamento no podrían soportarla los estómagos debilitados.—Para su administración sujetarse a la instrucción que acompaña a cada frasco.—Como garantía, exigir mi firma y rubrica en las etiquetas y gargantillos de los frascos.—Se halla de venta en la Farmacia de su autor, J. MORENO LOPEZ, PLAZA DE CAMACHO, NUMERO 26, MURCIA.

PRECIO DEL FRASCO, 6 REALES

De venta en la farmacia de su autor J. Moreno, Plaza de Camacho, núm. 26, Murcia.—Madrid, García, Capellanes 1.—Barcelona, Usiach y C.^a Moncada 20.—Cartagena: Droguerías de D. Antonio Gomez, Puerta de Murcia, 26, de D. Gregorio Briones, Duque 24, de D. Joaquin Ruiz, Cuatro Santos, de los Sres. Alvarez Hermandos, Carmen 8, de D. Adolfo Fernández, San Miguel 10 y Farmacia de don Rodolfo Faudos.—La Union: Farmacias de D. Francisco Asensio, D. Tomás Asensio Carrion.—Mazarron: Farmacia del Sr. Oliva.—Aguilas: Farmacia de D. J. Aragon.—Yecla: Farmacia de D. Modesto Maestre.—Jumilla: Farmacia de D. Juan Guillen.—Cieza: Farmacia del Sr. Mérida.—Mula: Farmacia del Sr. Garcia Duarte.—Bullas: D. Bernardo Moya.—Archena: Drogueria de D. José Sanchez.—Alcantarilla: Farmacia del Sr. Lopez Calahorra. Molina: D. Antonio Gil.—Couti: D. Isidoro Lacal.—Lorquí: Drogueria del señor Ruiz.—Balsicas: D. José Briones.—San Javier: D. Antonio Conesa.—Pacheco: Sres. Bastida Hermanos.—Alicante: Drogueria de los Sres. —Albatera: D. José Soler. Hét.—Torrevieja: Drogueria de D. Fermin Blasco.—Almoradi: Farmacia de don Ricardo H.

UN PUEBLO UNIDO

De Miranda, de Logroño, de Nájera, de Bribeña, de donde quiera que hay un abarano dedicado a su trabajo, llegan a la prensa local telegramas en que se expresa el júbilo producido por la noticia de la aprobación de las elecciones municipales de Abarán.

En todos ellos hay frases calurosas y merecidas de gratitud para Lopez Parra, Melgarejo, Corvera y Benavites, que tanto han contribuido al logro de una empresa justa y reparadora: hay también merecidas felicitaciones para el ministro de la Gobernación, que ha sabido inspirar en los dictados de la justicia su resolución en este asunto.

Confesamos que anoche recibimos conmovidos esos telegramas a que hacemos referencia: son de buenos y honrados ciudadanos, que lejos del querido pueblo natal, consagrados a la noble virtud del trabajo, sienten al unísono de sus paisanos y ansian la redención de su pueblo y se identifican con sus santas aspiraciones emancipadoras.

El hermoso espectáculo que Abarán ofreció en las inolvidables elecciones municipales últimas, vuelve ahora a repetirse: todos los hijos de aquel pueblo, aparecen unidos en un espíritu de solidaridad ejemplarísimo, inspirado por un amor desinteresado y vehemente a la independencia de su pueblo y al triunfo de la justicia.

Un pueblo tan pequeño por su población, está sabiendo mostrarse tan grande por sus hechos, que se ha hecho acreedor a la admiración de España entera.

Así se ama la pequeña patria: laborando por su emancipación, que es labrar por la emancipación de la patria grande, de la madre común, de nuestra amadísima España: no injuriando a esta con la ingratitude y la perfidia, indigna de todo pecho honrado y de toda alma noble.

Contra un pueblo, tan estrechamente unido para defender su libertad y su honor, es imposible que puedan prevalecer en lo sucesivo los torpes manejos y los arteros ardides del vencido caciquismo.

Ayer felicitábamos con toda la efusión de nuestra alma al pueblo de Abarán: hoy al reiterarle nuestra felicitación cumplimos enviar un fervoroso saludo a esos hijos suyos, que desde distintos puntos expresan con ardorosas frases el júbilo que les produce el triunfo de su santa, noble y honrada causa.

Con muchos pueblos como Abarán, con muchos españoles como esos ciudadanos modelos, sería posible en un plazo no lejano la obra de la regeneración de España.

¡Llor al pueblo de Abarán y a sus buenos hijos!

En justa defensa

«Madrid nos oprime, Madrid nos explota, Madrid nos corrumpe, Madrid nos roba, Madrid nos mata.» Siempre que oigo exhalar estas que-

jas suelo dirigirme a mí mismo la siguiente pregunta: si los madrileños hemos conquistado y desvalijado a España, ¿cómo diantres me he compuesto yo, madrileño neto, para no haber traído parte ninguna en el botín?

Cuando se habla de Madrid suele incurrirse en confusión. Existen, en realidad, dos Madrides: un Madrid indifgeno y autóctono, el Madrid de los madrileños, que es sencillamente una ciudad como otra cualquiera, y otro Madrid exótico y adventicio, la capital de la monarquía, el centro de nuestro corrompido régimen parlamentario, el foco del chanchullo y el emporio de caciquismo. De estos dos Madrides el primero es el esclavo y la víctima del segundo.

Hay de esto una prueba concluyente. Si los hijos de la villa y corte hubiésemos, como se pretende, sojuzgado a España, es indudable que figuraríamos en gran número entre los prohombres de las parcialidades políticas que dominan o quieren dominar. Pues no hay nada de eso. Unos dignísimamente, otros... con menos dignidad, forman parte de esa falange de notabilidades individuas procedentes de todos los extremos de la Península. Los hay catalanes, como Pi y Suñer; valencianos, como Navarro Reverter y Capdepon; gallegos, como Montero Rios; asturianos, como Pidal; riojanos, como Sagasta; castellanos viejos, como Gamazo; leoneses, como Azcárate; aragoneses, como Fernando Gonzalez; extremeños, como Groizard; navarros, como Vadillo; mallorquines, como Maura; canarios, como Leon y Castillo; portorriqueños, como Labra, y filipinos, como Azcárraga. Hay, sobre todo, la mar de andaluces. De estos si que se ha podido decir, con razón, que tienen conquistada a España y la vienen gobernando por pestonetas desde hace un cuarto de siglo. Los hijos de Madrid, ó no figuran ó figuran apenas en el catálogo de los notables.

¿Es por incapacidad? Tal vez, pero muy brusca debe de haber sido en tal caso la decadencia. De nuestro siglo de oro acá los indígenas de la villa del oso han dado siempre pruebas inequívocas de singular aptitud para el desempeño de las llamadas artes liberales. De Lope, Calderon y Quevedo a Larra, Hartzenbusch y Mesonero Romanos, es interminable la pléyade de ingenios nacidos en la coronada villa, la cual bien puede reivindicar como propio a Cervantes, el más grande de todos ellos. Puede decirse que Madrid aporta cuando menos la mitad de los primeros nombres de nuestra literatura. Si no produjo más que literatos es porque España, desde hace cuatro siglos, apenas ha producido otra cosa. Justo es que Madrid desempolvo esa gloriosa ejecutoria ahora, cuando se niega a sus hijos hasta la aptitud para el cultivo de las cosas del espíritu.

El fenómeno tiene otra causa. Anualmente envían las provincias a la capital un nutrido contingente de genios más ó menos en embrión que llegan a probar fortuna. Entre éstos hay unos que traen consigo el bagaje de méritos reales; otros sólo el de su audacia y su ambición. Todos ellos cuentan desde el primer día con el amparo de sus paisanos. Médicos tienen enfermos, abogados tienen clien-

tes, literatos tienen lectores, pretendientes hallan protección, políticos tienen distrito. Así se conquista Madrid desde provincias, mientras el pobre madrileño yace en el mayor desamparo. Ser hijo de Madrid es no serlo de ninguna parte. ¿Y no es fuerte cosa que se impute a estos desheredados el crimen de ser conquistadores siendo en realidad los conquistados?

Nada hay en toda esta apología que responda a un apasionado espíritu local. Los madrileños no sentimos la patria chica. Habitados de largos años a ser huéspedes en nuestra propia casa, tenemos para ella el desprecio que suele sentirse por el hogar de la patrona. En Madrid la opinión no hace diferencia alguna entre madrileño y forastero. Después de treinta años de intimidad suele sorprendernos la noticia de que nuestro amigo era también nuestro paisano. De tal manera el carácter de aglomeración heterogénea se ha sobrepuesto aquí a la propia personalidad local. Madrid no es Madrid: es la capital de heteroclita y mal hilvanada España.

La consecuencia útil que de todo lo expuesto se infiere es de fundamental importancia para la justa apreciación de la honda crisis que hoy atraviesa la nacionalidad española. No; Madrid no ha conquistado a España como Roma conquistó el mundo antiguo; son las provincias mismas las que han enviado a Madrid a sus propios conquistadores. Antes de irradiar del centro a la periferia, el mal que padecemos viene de la periferia al centro. Provincianos son los que cabildean, intrigan, chanchullean y centralizan. Decir que la provincia odia a Madrid, es decir que se odia a sí misma. No existe un punto central de donde, como foco pestilente, procedan todas las abominaciones. ¡Ojalá! Si así fuese, bastaría extirparle para curar la dolencia. Hállase ésta extendida por todo el cuerpo nacional, y si mañana el fuego del cielo que arrasó a Sodoma cayese sobre Madrid, la repugnante peste no tardaría en reproducirse en aquel punto que la enferma nacionalidad tomase como centro, sin perder por el cambio ni un átomo de su virulencia.

Alfredo Calderon.

Desde Madrid

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

«MEETING» FEDERAL

En el teatro Moderno se ha celebrado el «meeting» federal, al que ha asistido bastante concurrencia.

El Sr. Pi Margall presidia el acto. Hablaron Rodriguez Cruz, Lloret y otros en representación de los federales de Toledo, Valladolid y Alicante.

Los oradores enaltecieron el federalismo y culparon a la restauración borbónica de todos los desastres, como igualmente a los republicanos, a los socialistas y hasta a los anarquistas.

Dirigieron grandes censuras a la administración de la Península, tan escandalosa como la que había en las colonias.

El primer orador que habló fué el Sr. Rodriguez Cruz, cuyo discurso dió lugar a un incidente que terminó en un gran escándalo, con motivo de

afirmar el orador que Castelar perdió la República.

Al hacer esta afirmación, hubo por parte del público aplausos y protestas.

El Sr. Cruz continuó censurando a Castelar, al que llamó traidor, y con este motivo se produjo el escándalo en términos tales, que Pi dijo: «Hemos venido a dar un espectáculo para que se nos disuelva? Pues guardad orden?»

El Sr. Cruz se retiró de la tribuna y volvió luego a decir pocas palabras.

Lloret, que habló después, dijo que no venia a atacar a nadie, sino a defender el federalismo y la revolución. (Aplausos).

Resumió los discursos el Sr. Pi y Margall, diciendo que aumentaba el entusiasmo por la federación, por la bondad de las ideas, como lo demostraba la concurrencia que había allí.

Atacó los presupuestos del clero, y clases pasivas, repitiendo sobre este particular cuanto dijo en su último discurso del Congreso, donde, según Pi, los federales han sido los únicos que han expuesto un programa económico salvador.

Atacó a los jesuitas, lamentando que habiendo sido España la primera en expulsarlos, sea hoy el cuartel general de ellos.

Pidió la supresión de todas las comunidades religiosas y la separación de la Iglesia del Estado, con lo cual se obtendría una rebaja en los gastos de 40 millones de pesetas, que unidos a los 60 millones de economía que podrían conseguirse revisando los expedientes de los pasivos, podrían servir de base a un empréstito con destino a fomentar el desarrollo de la enseñanza, las obras públicas y la agricultura, creando Bancos agrícolas.

Dentro y fuera del local fué vitoreada la República al terminar el «meeting».

VISITA DE CORTESIA

Dato ha visitado al duque de Tetuán.

Este nos ha dicho que le habló del resultado de la conferencia de La Haya.

Respecto a política, le manifestó el duque que apoyaría a Silvela, pero conservando su actitud independiente.

NUESTROS PRISIONEROS

Según noticias, parece que Aguinaldo no solo pide como condición para dejar en libertad a los españoles que tiene prisioneros, que el gobierno español reconozca la independencia de la República filipina, sino que además influya cerca de los Estados Unidos para que éstos reconozcan también la independencia de Filipinas y se consiga la paz.

Lo único que ha podido conseguirse de Aguinaldo es la autorización para enviar a los prisioneros recursos metálicos, cosa que mejorará mucho la situación de aquellos.

Aguinaldo ha internado a los frailes prisioneros, decidido a retenerlos hasta que se los reclame el Papa.

Silvela tiene en su poder el censo completo de los cautivos; el número de éstos, según el referido censo, se eleva a 7.000.

De este número hay que descontar

muchos que escaparon y otros que consiguieron el rescate por gestiones anteriores a la formación del censo.

El Corresponsal.

7 Agosto 99.

Crónica madrileña

LA PLAZA MAYOR

En casi todas las poblaciones de España, hay una plaza, la mayor en efecto del pueblo, que se llama vulgarmente la plaza Mayor y que ostenta de un modo oficial el título aparatoso de «Plaza de la Constitución» ó «Plaza Constitucional».

Madrid, el romano *Matritum* y el árabe *Magerit* (para que vean mis lectores que soy muy erudito), la villa y corte del oso y del madroño, la población por cuyas cercanías corre arenoso el «arroyo aprendiz de río» como llamó Quevedo al Manzanares (continúa la erudición barata), no podía sustraerse a tener su plaza Mayor, y la tiene en efecto con sus *soportales* y todo.

Pero si antes, allá por los tiempos de Felipe II, sirvió de lugar preferido para realizar los autos de fe donde centenares de contumaces herejes eran tostados vivos, y si más tarde fué, en la época de Felipe IV plaza de toros, como predilecto y cosa *cuasi regia*, hoy es lugar destinado a empresas y oficios bien distintos de aquellos.

In illo—ó en algodón—tempore—tendría algo de solemne; sería antaño la plaza mayor madrileña una buena plaza; ogaño la ha eclipsado y empujado a la Puerta del Sol—que no es puerta y que no siempre tiene sol—y que aunque no es de planta regular como la otra sino incorrecta, aventaja a aquella en animación, ya que no en superficie.

Hoy la plaza Mayor, ha quedado reducida, a diario, aun paseo donde los soldados y las niñas se hacen el amor con grave perjuicio de las nativas de los chiquillos, que suelen medir el suelo con su cuerpo durante estos idilios trópico-serviles; a un local al aire libre donde mercaderes, charlatanes y merechifiles ofrecen al público sus productos; a un tapiz, de adoquines, donde hacen titeres algunos gimnastas económicos y a un pasaje donde se exhiben Borgias y Celestinas económicas y discípulos de Caco.

En Navidad y durante algunas verbenas, la plaza Mayor es un mercado, pero el resto del año, es lo que queda dicho.

En la plaza no se ven por las tardes más que corros. No los de los niños que juegan, sino los de personas mayores, tocayas de la plaza.

Un ciudadano que viste una americana ya mandada retirar perora desde lo alto de una mesa agitando de vez en cuando una campanilla:

—¡Ah señores—dice—yo poseo el admirable licor de hoja de la palma arábiga, que aplicado a los callos...

—Y cacacoles!—exclama un guason del público, pero el orador continúa impertérrito:

—Que aplicado a los callos es una maravilla: una peseta frasco y al que

